

A unos kilómetros de Madrid, grupos de chavales viven la experiencia educativa de la granja-escuela La Limpia

NIÑOS GRANJEROS

A pocos kilómetros de Madrid, muy cerca del casco urbano de Guadalajara, un grupo de educadores y pedagogos llevan a cabo una interesante y original labor: acercar los escolares urbanos a las faenas agrícolas y rurales en general, complementado con el estudio de la naturaleza. Durante cinco días alumnos, profesores y los once educadores permanentes de la granja-escuela La Limpia conviven y trabajan codo con codo en las labores del campo. Recientemente el Ayuntamiento de Madrid ha decidido subvencionar a los alumnos de colegios nacionales que acudan a estos cursos. Con el primero de estos grupos vivió la experiencia el colectivo Ciencia y Cultura.



La idea surgió de los antiguos integrantes de un despacho laboralista, que ya contaban con alguna experiencia educativa, realizada durante los períodos vacacionales con colegios nacionales, asociaciones de padres, clubs de tiempo libre, etc. «La observación de la conducta de los niños en estas actividades de tiempo libre —explican— nos hizo comprender un importante punto de partida para la experiencia actual: los niños iban al campo, al campamento o al albergue buscando un escenario para sus esparcimientos.»

«Los niños de hoy son esencialmente ciudadanos. Podemos decir que distorsionadamente ciudadanos. Es así que, desde los primeros cursos, los niños reciben en las escuelas imágenes y conocimientos de los animales y las tareas del campo. Pero, paradójicamente, muchos de ellos tardarán bastante en contemplar un animal tan sencillamente doméstico como una vaca.»

Efectivamente, un niño madrileño, barcelonés o de otra gran ciudad cualquiera que posea un parque zoológico conocerá antes los extraños y remotos animales de la fauna africana o asiática que la gallina ponedora o el cerdo extremeño. Por otra parte, según afirman los educadores de la granja-escuela, «la falta de conexión entre los conocimientos *via-libro* y los conocimientos *via-vida* producen una incultura y una tal desorientación real que lleva a



los niños a desconocer cosas tan elementales como las plantaciones, los ganados, las cosechas, los semilleros, etc.»

GRANJA-ESCUELA LA LIMPIA

Bajo estos presupuestos, el colectivo pedagógico alquiló una antigua granja abandonada, ubicada a pocos centenares de metros de la ciudad de Guadalajara. Desde noviembre de

1978 han pasado por ella de 1.300 niños en turnos de sesenta. «Ellos son, con su trabajo, los que han ido conformando poco a poco la granja desde su fundación», nos cuentan los promotores.

Hoy día la granja cuenta con espacio suficiente para albergar sesenta camas-literas; chas con agua caliente y servicios; talleres en los que se hace de **todo**, dentro de

El Ayuntamiento madrileño subvenciona ahora a los alumnos de colegios nacionales que acuden a estos cursos



posibilidades: desde recoger hierbas colorantes para hacer tintes naturales o construir un hormiguero en cemento para instalarlo posteriormente en clase, hasta disecar un conejo o un pollo.

Los niños pueden, asimismo, revelar sus propias fotografías, para lo que disponen del material necesario. Pueden pintar, modelar, escribir, musicalizar, reflejar, de la manera que se les ocurra, las experiencias cotidianas de la granja. En la intensa cocina confeccionan extractos y, a la vez, sencillos pasteles, pan y, en ocasiones, helados y mantequilla con la leche que producen los animales que allí existen.

En los terrenos que rodean el edificio la granja posee una huerta dedicada a los más variados cultivos, que los propios niños realizan a lo largo del año: acelgas, alfalfa, trigo, zanahorias, judías, escarolas, lechugas... y un largo etcétera bien cuidados, sembrados y recolectados por ellos bajo la supervisión y vigilancia de los educadores. «Entre los aspectos más positivos de esta actividad nos explica Javier López Roberts, el director— se encuentra el hecho de que los niños aprenden a valorar los cambios climatológicos y toman conciencia de la trascendencia que tienen las inclemencias del tiempo para la agricultura.»

Los animales de la granja han de tener también los cuidados necesarios para su mantenimiento, higiene y explotación. En el gallinero, al que hay que limpiar y desinfectar periódicamente, pululan gallinas, pollos de engorde, pavos, patos y ocas. También hay un establo con vacas y terneros, un aprisco con ovejas, una pocilga, una conejera, un jaulón con canarios y un palomar.

Los chavales llevan a cabo con curiosidad, cuando no con interés, todos los trabajos ganaderos y, en todo caso, siempre están presentes a la hora de realizarlos. Dan de comer a los animales, se encargan de cuidar sus habitáculos, aprenden a efectuar los controles sanitarios y las vacunaciones pertinentes, sacan a pastar las ovejas y están pendientes de todos los acontecimientos extraordinarios que en este terreno se produzcan, como es el caso de partos, enfermedades, etc.

RELACIONES NO AUTORITARIAS

Además de aprender multitud de cosas que pueden serles útiles en el futuro, la estancia en la granja proporciona a los chavales la oportunidad de convivir y relacionarse de una

manera inusual en los colegios y en la vida urbana. «Las experiencias de convivencia en los colegios son falsas, ya que es un medio falso», nos asegura Javier López Roberts, quien añade: «Aquí los niños se encuentran con un ambiente no autoritario; las relaciones entre alumnos y profesores se dan al mismo nivel, ya que todos están implicados en el mismo montaje. Esto favorece la comunicación, el bienestar y la desaparición de las relaciones de culpabilidad.»

No resulta fácil, sin embargo, la adaptación del niño a la granja. Los más mayores tardan entre dos y tres días en centrarse; los pequeños, aún más. Por ello, esos dos o tres primeros días se dedican a desarrollar la convivencia. Una vez que han superado sus propias dependencias de comunicación, de solución de sus problemas, etc., los niños comienzan a llenarse de los contenidos de la granja. Es ahora cuando se les ofrece la oportunidad de realizar todo tipo de actividades. «Ya no se mueven en función de sus amiguetes», —nos explica el director—,

sino de las posibilidades que se les ofrecen.»

El quinto día, el de la partida, el niño se da cuenta de que ha de marcharse. «Generalmente éste es un día de desmarche —continúa Javier López Roberts—. Los niños rechazan la idea de la partida y se agreden continuamente. Les da rabia largarse. Sin embargo, esto es un medio artificial para ellos. Las relaciones y los vínculos se establecerán una vez fuera. En algunos casos, como el del colegio Siglo XXI, de Madrid, se ha llegado a cambiar la estructura de las relaciones de los chavales y hasta la propia de la clase.»

Al final de la experiencia los niños se han conocido de otra manera: han realizado un tipo distinto de convivencia no sólo entre ellos, sino con sus profesores y otras personas mayores. Al mismo tiempo, han vivido el aprendizaje del mundo rural y de la naturaleza, lo que ya es difícil que se les olvide. «Los niños aprenden lo que viven», nos explican los educadores; «la escuela en sí no tiene mucho sentido: es necesario salir de clase. Lo que pretendemos es que la gente se dé cuenta de que esto es lo básico.»

Esto se ha logrado ya con el Ayuntamiento de Madrid, cuyo concejal de Educación nos confirmó que, a pesar de los problemas con algunos grupos políticos representados en el Ayuntamiento, la concesión de subvenciones a los chavales de colegios nacionales que acuden a la granja-escuela está asegurada. El Ayuntamiento ha contratado una idea, pero lo ideal sería que cada colegio fuera una «limpia».

Texto y fotos: Colectivo Ciencia y Cultura.

Texto: Juan Ramón Vidal. Fotos: Gregorio Sánchez (CES)



Durante cinco días se realizan tareas agrícolas y ganaderas, se pinta o se modela. En la cocina aprenden a fabricar queso y mantequilla

* * *

«Aquí los niños se encuentran con un ambiente no autoritario: las relaciones alumno-profesor se dan a un mismo nivel»

* * *

En algunos casos de colegios madrileños se ha llegado a cambiar la estructura de relaciones entre los estudiantes después de una experiencia en la granja-escuela

José María Maravall, secretario de Formación, un regeneracionista en la «corte» del PSOE

RECUPERAR ESPAÑA



Parece todavía más joven que los treinta y ocho años que tiene. José María Maravall es uno de los más brillantes miembros de esa generación de universitarios que pasaron por la Facultad de Derecho de Madrid al filo del año 60, que lucharon contra el SEU como medio de luchar por la democracia, que sufrieron expulsiones y exilios y algunos de los cuales militaron en el mítico «Felipe», como nuestro entrevistado de hoy

Habla con la relativa seguridad del intelectual y con la precisión del profesor, pero al mismo tiempo con el tinte escéptico de quien desde muy joven tuvo que arrostrar las consecuencias de una indomable fidelidad a un modo de ser y de pensar. Junto con Ignacio Sotelo, Javier Solana y Alfonso Guerra, entre algunos otros, forma en el grupo de intelectuales de la Comisión Ejecutiva del PSOE, en la que ingresó hace algo menos de un año, como Sotelo. Sus años fecundos en Inglaterra le dotan también de un aplomo y de un prestigio añadidos que lo convierten en una de las figuras más preclaras de la izquierda intelectual española.

En la Universidad ingresó en el curso 59-60 y fue elegido delegado de los estudiantes. Fue miembro del comité nacional de la FUDE. En 1963 entró a formar parte del FLP (Frente de Liberación Popular), el famoso «Felipe», en el que «encontró» a gentes como José Pedro Pérez Llorca, Narcis Serra, Joaquín Leguina y tantos otros. En el 64 fue expulsado de la Universidad por dos años. Luego enseña en la cátedra de Ruiz-Giménez y en CEISA, junto a los profesores expedientados Aranguren, Tierno y García Calvo. El «Felipe» camina hacia posiciones trotskistas, hasta que explota. Estrella López Keller y Paul Preston preparan ahora sendos libros sobre el «Felipe».

Pasa por el Consejo de Administración de «Cuadernos para el Diálogo». En 1969 le vuelven a prohibir estar en la Universidad, el «Felipe» se desintegra y Maravall se marcha a Inglaterra, donde permanecerá nueve años, hasta 1978. En Oxford hace su segundo doctorado y consigue un puesto de profesor en esa Universidad. En 1974, durante un permiso sabático en España, ingresa en el PSOE, asistiendo en Madrid a la muerte de Franco y siendo secretario general de la Federación de Trabajadores de la Enseñanza de UGT de Madrid. Después regresa a Inglaterra, pero sigue trabajando intensamente para el Partido Socialista entre los emigrantes españoles y en las circunscripciones laboristas. Desde su regreso a España, en 1978, trabaja muy activamente en el Partido, dando charlas en las agrupaciones, colaborando en la Fundación Pablo Iglesias y en las revistas «Leviathan» y «Sistema». En septiembre de 1979 entra en la Comisión Ejecutiva como secretario de for-

mación. Es autor de varios libros, entre ellos «Trabajo y concepto social», «El desarrollo económico y la clase obrera», «Sociología de lo posible» y el último sobre la política estudiantil.

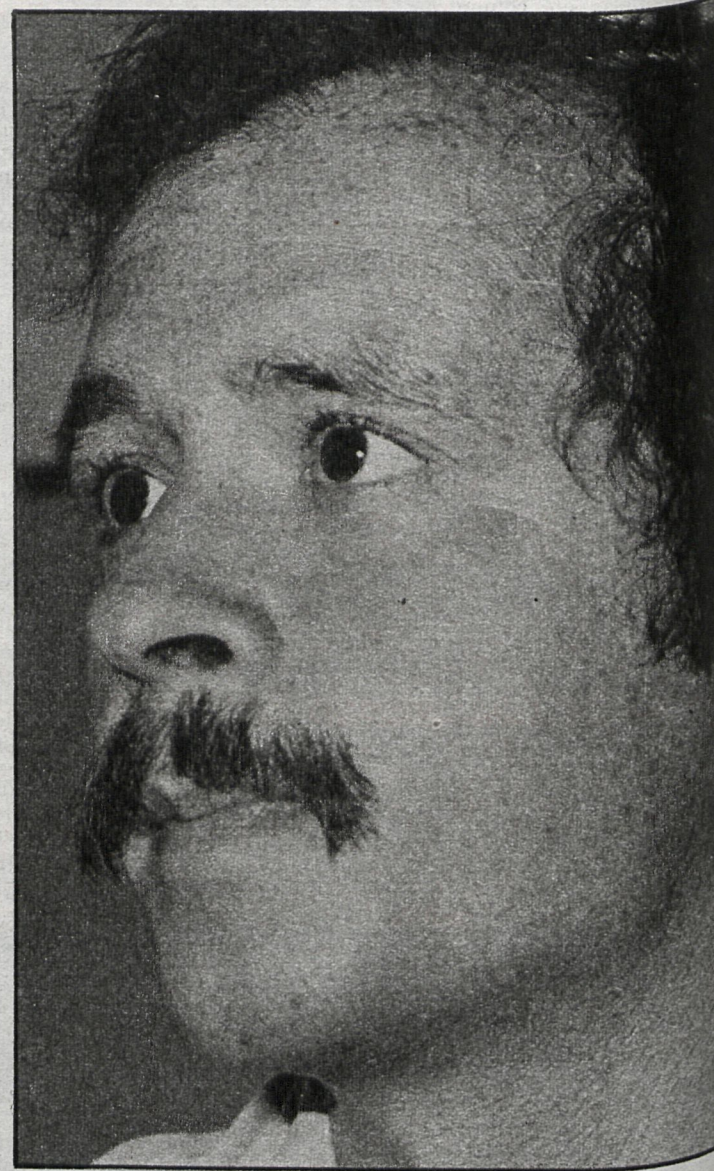
—En ese cargo sustituye a Luis Gómez Llorente, uno de los personajes del PSOE con más fama de marxista. ¿Es que tú no eres marxista?

—Yo soy tan marxista o tan poco marxista como Luis Gómez Llorente o como cualquier otra persona del Partido Socialista. ¿Qué es eso de ser marxista? El marxismo es un elemento absolutamente influyente en mi concepción de la sociedad y de los enfrentamientos entre clases. El mío no es el marxismo-leninista, ni evolucionista, ni hegeliano, ni el cándido humanista del joven Marx. El que a mí me interesa más es el que atiende mucho a las relaciones entre clases so-

ciales, a los fenómenos de acumulación de capital, a los fenómenos de explotación en el trabajo. La herencia del marxismo imbuje por todas partes a la cultura occidental y, sobre todo, a la cultura de la izquierda. Es muy difícil ser de izquierda y no ser marxista. Pero hay que eliminar la veta decimonónica y darwiniana, los elementos infantiles del marxismo de carácter escatológico, la socialdemocracia.

—Entonces, parece también que eres muy poco socialdemócrata...

—Soy socialdemócrata en el sentido de creer que la mayor recepción del marxismo se hace por la socialdemocracia, no por el leninismo. Las interpretaciones de Kautsky y Berstein son interpretaciones muy genuinas de Marx. A menudo declaro que soy muy



bersteiniano por ese intento de tomar el marxismo como instrumento de análisis sin normas y sin profesiones de fe. También soy socialdemócrata en el sentido de creer que la socialdemocracia del norte de Europa consiguió montar unos partidos que son ejemplares en cuanto a su democracia interna, al número de afiliados que tienen, en cuanto a las formas de participación y al sentido de fraternidad local y de religión laica, así como a la dosis de regeneracionismo cultural, como en Suecia y Gran Bretaña.

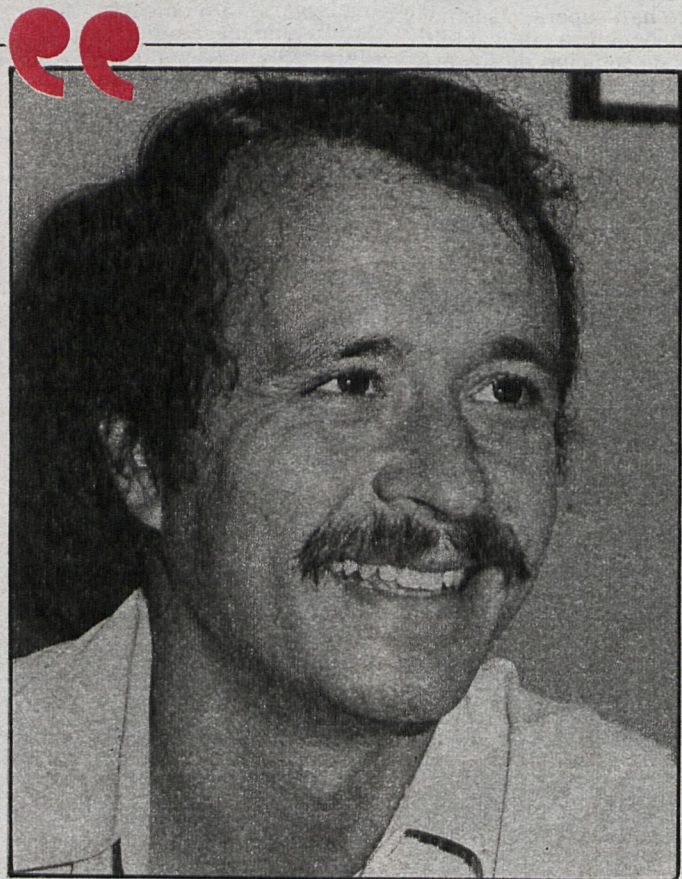
—¿En qué sentido no eres socialdemócrata?

—Pues en un sentido muy limitado, en el de la extraordinaria derechización de las políticas socialdemócratas des-

pués de la guerra. Eso fue un gran error que hay que entenderlo en función de la guerra fría, del colapso de las esperanzas socialistas después de la evolución de la Unión Soviética hacia una dictadura implacable, de la influencia de Keynes. Me parece muy grave lo que sucede con la socialdemocracia a partir de 1945, pero eso no significa que me dedique a poner epítetos despectivos a la socialdemocracia. En modo alguno.

—Entonces, veo que, a tu juicio, la actividad política y la intelectual no sólo no son incompatibles, sino que incluso a veces se implican mutuamente.

—Se deberían implicar, porque cuando la actividad intelectual está centrada en temas



Uno de los problemas del partido es que se ha multiplicado por veinticinco en tres años

